

# Juan Marcos Almada

---

TRABAJOS

**milena caserola**  
EL 8vo. LOCO  
EDICIONES

*Todos los izquierdos reservados.  
Caso contrario, remitirse a la lista de libros censurados en  
las distintas dictaduras y democracias. Privar a alguien de  
quemar un libro a la luz de una fotocopidora es promover la  
desaparición de lectores.*

Contacto con el autor:  
oliverioflores@hotmail.com

*Coordinación general del proyecto*  
Ana Ojeda / Nicolás Correa / Marcos Almada  
exposiciondelaactual@gmail.com

*Coordinación gráfica*  
Laura Ojeda Bär  
laura.ojeda.bar@gmail.com  
laura-o.tumblr.com

*Producción*  
Matías Reck  
losreck@hotmail.com

**www.exposiciondelaac-  
tual.blogspot.com**

# 1

*A los fiesterros, a ellos,  
pero también a Andrés Rabinovich,  
a Roberto Kairús, al Bara y al Goyo.*

*Hay algunas pocas cosas más importantes que las novelas.  
La amistad, por ejemplo.*  
C. E. Feiling

**A**rrancamos en la covacha de Garófalo. Tres sillas y una banquetta para siete. Whisky, ron blanco, pisco acholado, vinacho robado y Quilmes asesina. Empanadas fritas y rollo de cocina.

Versito y todo.

Se charló distendido, hasta que sonó el despertador biológico de Guernica. Había que salir. Él tenía el dato: “Local clase C. Café Bar-Casa de lunch. Capacidad máxima 323 personas. Ivanoff, del Tano Demitroff”.

Saqué arando el Sprint por Rivadavia. Estaba linda la noche, llena de promesas. Después se rompe ese espíritu de victoria que uno tiene cuando recién arranca la cosa. Cada noche abre una nueva chance. Y a veces, sin esperar demasiado, pero buscando, aparece un poco de carne para poner en la parrilla.

En toda historia que comienza hay que presentar a los protagonistas.

Tararira. Tripa gorda, morcilla vasca, sopresata, bergamota, toronja, provolone. La tiene más ancha que larga. Las minas, cuando pela, le rajan, no quieren saber nada. Siempre lleva un pomo de cebo, por las dudas, nunca se sabe que tan cerrado puede estar un agujero. Con semejante choronga si no se lubrica, puede haber desgarró. Está obsesionado con el tema de la progenie. Dice que su vieja nunca le perdonaría que el apellido muriera con él. Por eso busca incansablemente, todas las noches, le pone el pecho, y siempre alguna trolita descocada

cae. Pero él quiere otra cosa, una potencial madre para sus hijos. Cuando sale con Danonino, manotea en el revoleo. Espera, sigiloso, atrás, y cuando el otro empieza a humillarse, él aparece y gana; o mas que ganar, no pierde, sale hecho, con alguna gordita, o una flaca larguirucha con medio comedor roto, alguna vieja chota con ganas de que le remuevan las telarañas de la cajeta. Pero de ahí a encontrar una con el calce justo hay una diferencia: el diámetro.

Garófalo. Más raro que perro verde. Se ocupa más que nada de la parte monetaria, de la organización de las reuniones y de poner el bulo. Es un obseso, un inconformista. Frío y decidido. Se levanta los domingos bien temprano para planificar la semana. Anota todas las cosas que tiene que hacer en una libreta. Una vez hechas, las tacha. Me contó Tararira que llegó a incluir cosas ya hechas para poder tacharlas.

Germondari. Tranca, es capaz de ponerle sal en la cola a un picaflor. En días tormentosos al tipo no se le despeina el jopo. Cuando los muchachos se enredan en algún palabrerío, los deja hacer, hasta que tira dos o tres frases y desata el nudo de la discusión. Tipo práctico, derecho viejo.

Caracholo. Todas las semanas se hace la croquiñol para mantener la circunferencia perfecta de sus rulos. Tiene un odio irreversible por todas las instituciones públicas y privadas. Le gustan los pendejos como el fernet. Tiene un levante terrible, desde que lo conozco debe haber pasado por el gañote a más de cincuenta. Pelea bien y no le importa mucho el daño que puede causar en el otro ni el daño que el otro puede ni la paliza que se puede llegar a comer. Es fanático de Rocky. Dice que fue la mejor saga de la historia, mejor incluso que el Padrino y que la Guerra de las galaxias.

Guernica: RRPP. Un experto en las relaciones humanas. Entra a un lugar, se conecta a 220 y se ramifica. Se conoce a medio mundo y se ocupa de que los muchachos entren a los boliches gratarola. Tiene una sensibilidad fina para meterse entre la gente. Con mirar a un tipo de arriba abajo, al toque le saca santo y seña, y después se lo come crudo. También es quién habilita la merluza. Es un gato pardo ventajero que siempre cae parado. Pero es cumplidor, y sus datas son seguras. Le escuché decir infinidad de veces que lo mejor para sacar lombrices es electrificar la tierra con un acumulador. Así con todo, y más que nada con lo que ellos buscan, cosas traídas del recuerdo, de zonas lejanas. Si uno quiere una buena historia tiene que estar preparado para meter la mano en la mierda, y después chuparse los dedos.

Danonino. Mastica chapitas de cerveza. El temblequeo, los tres paquetes por

día, delatan su ansiedad. Por eso casi no sale con los muchachos. Guernica nunca le convida, si le llega a dar a la aspirineta, llega a Derqui caminando. Chupa más que todos juntos, por eso siempre se queda. En la calle puede cagar cualquier asunto. Si sale, más que seguro que hay bardo, y terminamos a las trompadas. Cuando los muchachos tienen un temita delicado que atender, le dan de chupar, así queda culo para arriba y podemos salir tranquilos a hacer lo que haya que hacer sin el peligro tácito de terminar con la trompa rota.

Forfalcon. Yo mismo. Soy el fercho del grupo. Los muchachos me dicen así cariñosamente. Pero de preferir prefiero el Fairlane, el Polara, el Valiant, el Torino. Son autos mucho más estilizados que el Falcon. Lo que pasa, que salvo el toro, los demás son lerdos y gastan como un hijo bobo. No está bien que lo admita, en ciertos círculos eso podría costarme la

dentadura, pero me gusta mucho el Chivo SS dos puertas. Hablar de mí es casi lo mismo que hablar de mi coche: Falcon Sprint '73, naranja estival con pipas blancas. Butacas tapizadas en cuero de línea. Espejos en forma de gota. 6 cilindros, motor de 166 HP; chupa más que yo, 10.8 litros cada 100 kilómetros. Una guasada. 179 al taco, pero yo lo hice preparar para que trabaje arriba de los 200: una leva Balestrini, fierros de Nicotera. La tapa del cilindro limada. Las únicas modificaciones que me permití hacerle. El resto, directo de fábrica.

Que voy a andar en esos autos de plástico que venden ahora. Ni loco. Un fierro es un fierro. Que me la vengan a poner de atrás a ver quién se rompe. Hará dos años me lo tocaron. Un boludo que quiso estacionar entre el Falcon y un contenedor de basura. Le dio en el guardabarros derecho, del lado del acompañante. Le dejó el abollón, le da carácter.

Parece mentira, hasta en eso nos parecemos. Hace unos años me agarró un pico de presión y quedé con parálisis facial, igual que Stallone y que Carlín Calvo. Por eso hablo de coté.

Antes de salir, segunda ronda de empanadas, repujada con whisky en taza. Al otro día, todos con acidez, un monstruo bilial rasguñando por salir a la superficie.

Danonino terminó con una botella de *Grants* metida en el orto. Cosas que pasan.

Llegamos a Ivanoff en menos de cinco minutos. Rivadavia no estaba muy cargada y el Sprint es un avión a chorro. Los mamotretos de la entrada no me querían dejar pasar porque tenía pantalón de gimnasia. Guernica los chamuyaba y Caracholo los medía como para ponerlos en cualquier momento. Tararira relojeaba los ojetes de las borregas culonas que estaban atrás de la valla. Al final Guerni-

ca nos hizo entrar a todos, 30 pesos por cabeza y un vale para tomar la mierda de la barra. Entramos. Un rejunte de trolas, trabucos y porongas.

Nos desperdigamos en seguida, cada uno por su lado, mirando carne. Yo me acodé a la barra y me chupé un fernet de ortigas. Las borregas iban y venían de un lado a otro, livianitas, zarandeando el orto.

A una señal de Guernica, hubo que subir una escalera. Cuando entramos tuve la sensación de estar viendo una jirafa haciendo la vertical. Un tipo estrafalario, el Tano. Nos esperaba sumergido en una bañera. Le da tanto al alpiste que es la única manera que tiene de mantenerse fresco y poder hacer negocios. La oficinita estaba muy bien equipada: cama redonda, plasma, mesita ratona, heladera, la minita en un sillón, equipo de música, y la bañera de hierro fundido con patas de león, sobre

un costado, al lado del inodoro. Todo a la vista, sin paredes ni divisiones. Si alguien quiere mear o cagar, tiene que hacerlo a la vista. Un sádico el chabón.

En lugares así se hacen los tejemanejes, la urdiembre, la trama de las tranzas.

El Tano forma parte de la Comisión de protección y promoción de los cafés, bares, billares y confiterías notables de la ciudad de Buenos Aires. Ley N° 35. Eso le da el prestigio suficiente como para moverse tranquilo sin que lo jodan. Atiende varios quiosquitos por diferentes wines. Chupi, farafa, putas. Living the nighth. Un capo. Caracholo me hizo notar la flor de no me olvides tatuada en el pecho peludo. Masón.

Nos dijo que nos sentáramos en el sillón. La minita, automáticamente, nos sirvió whisky en unos vasos de cristal bruñido. "Whisky nacional, señores, de la Royal Command, el mismo, siempre".

Cada uno por su lado paladeó. No estaba nada mal. Yo nunca lo había probado. No soy gran tomador de whisky. Alguna que otra vez, pero recién con los muchachos empecé a tomar, más que nada porque ellos siempre están tomando. Y yo creo que toman, no tanto porque les guste, sino por seguir una tradición literaria que manda tomar whisky.

A simple vista, parecen otra cosa, pero son escritores, o eso dicen ser. Están siempre buscando algo que los motive. Una palabra, una conversación, una infidencia. Son amigos de lo ajeno. Capaces de meterse en ese tipo de cuevas para tener algo que contar.

Al Tano lo fueron a ver para que les vendiera la historia de Cacho Pagano. Un viejo almacenero que tuvo la despena por más de cuarenta años. Mos-trador de los de antes, largo, de madera, y atrás, la estantería alta con la escalera a un costado para bajar las latas. De tan-

to ir y venir, de tanto arrastrar la pierna dura para agarrar los productos de la estantería, había gastado la baldosa. Un surco de dos metros a mitad del mostrador.

El Tano le extendió un papel a Guernica con la dirección de la despensa de Pagano. Un pueblo en la provincia. Le dijo que el dato del surco se podía constatar con ir y ver. El no vendía carne podrida. El dato era fidedigno, dijo. Pero había un detalle, que por supuesto los muchachos conocían a la perfección y por eso querían comprar el dato. Pagano contaba chistes a todos sus clientes. El repertorio lo tenía anotado en una libreta colorada. Garófalo quería tentar a la viuda para que se la vendiera.

El Tano se puso de pie, goteando. La minita del sillón cobró vida una vez más para alcanzarle un salto de baño. Nos dijo que lo íbamos a tener que perdonar, que esperaba gente. Que pidiéramos lo

que fuera. A cambio de la historia, Guernica le dejó un paquete arriba de la mesita ratona.

Entonces bajamos las escaleras y fue como meterse en una pileta turbia y vaporosa. El boliche explotaba. Estaban todos desconados. Fuimos directo a la barra a pedir una ronda de fernet. Una vez servidos, cada cual se diseminó por ahí. Yo me quedé como de costumbre, acodado en la barra, pensando en mis cosas.

A veces, como todos, me pregunto: ¿qué mierda hago acá?, ¿quién me manda? Pero las respuestas nunca me llegan, y si llegan, llegan distorsionadas, empapadas de alcohol, y eso les resta sustancia. ¿Qué se le va hacer?, así son las cosas. Un hombre, acodado a la barra, mirando pasar, de cerquita, decenas de borregas inalcanzables, lo único que tiene es eso, preguntarse el por qué de las cosas, e intentar, al menos, responderlas, aunque sea al pedo. Siempre se espera más de las



noches. Por eso, cuando no pasa naranja, uno sigue exprimiendo piedras. Pero algunas noches son imposibles. Hay que saber irse a tiempo, antes de volcar y acabar en seco. Si noches sobran.

Al rato, de a uno fueron asomando la cabeza, como las lombrices de Guernica.

Tararira, por su lado, se había hecho la noche. De atrás, le apoyó el monedero a una gorda, que saltó como dos metros para arriba, como los "Cantores del Alba" en el circo Papelito: patos sobre una chapa caliente. Casi se arma, pero la cosa no pasó a mayores. Germondari le empezó a hablar a la gordita y entre los dos la terminaron afirmando contra un rincón.

Garófalo en la punta de la barra, discutía vaya a saber qué cosa con un tipo de sobretodo y bigote. Guernica estaba más duro que una plancha de hormigón armado. Caracholo les enroscaba la víbora a tres pendejitos al marrasquino. A esa

altura, lo que había para hacer ya se había hecho. A mí me sonó la chicharra. Entonces, mandé retirada. Que se volvieran en tacho. Encaré para la puerta. La noche todavía seguía ahí, intacta. Tiré rebaje y me perdí por Rivadavia, la más larga del mundo. Estaba molido, y al otro día tenía que levantarme temprano, para ir a Warnes a buscar unos repuestos. Cerré los postigos y me eché con la ropa puesta. Como siempre que me acuesto mamado y solo, los recuerdos se me clavaron en el cansancio con sus punitorios.

## 2

**N**o pude ir, les fallé. La salida era para conmemorar el cumpleaños de Tararira. Le habían preparado una sorpresita con un agujero negro entre las piernas. Yo tenía el Sprint en el taller de Miguelito Calafate, los bujes y el burro de arranque. Y no iba a ir en taxi, menos que menos en bondí. Así que me quedé en casa. Le terminé dando tanta rosca a la noche que al final la falseé. A veces pasa. Nada bueno en la televisión, no hay pique por mensajito, entonces termino escuchando discos viejos. Pinta el whisky, un virulo y la locura. Me puse a mirar fotos del tiempo en que los pedos se tiraban con onda. ¡Cómo pasan los años, carajo!, ¡y cómo cambia uno! La fisonomía

ni hablar, pero también el carácter, y las mañas, todo eso que en definitiva moldea lo que uno es. Qué distinto soy ahora de ese pendejo en la playa, que mira sonriente, lleno de futuro, con las crenchas largas y los abdominales marcados.

Antenoche pasó Guernica y me dejó unos gramos de alto vuelo. Cuando manejo trato de no tomar. En cambio, cuando me quedo en casa, aprovecho y me doy un gusto, sin culpa. Pero no está bueno tomar solo. La otra tarde me vi una entrevista de Beto Casella al Facha Martel. Un especialista. Decía que los que no se bancan tomar solos le terminan abriendo la puerta a cualquiera con tal de tomar acompañados, para disolver, al menos por un rato, el humor agrio de la soledad más impetuosa, esa que viene con uno, encerrada, con la cara gris de tabaco y el hígado destrozado.

Me da mucha bronca cuando quiero salir y por equis motivo no puedo. Le

pego un par de golpes a la bolsa que tengo colgada en el patio y me calmo. Después me armo una picadita, me sirvo un fernet y pongo algo de música o la tele, si es que transmiten alguna pelea. Pero a medida que avanza la noche, la necesidad se cuaja. Empiezo a imaginar lo que estarán haciendo los muchachos: orgías, fiestorros, cachazas, altas francachelas que la noche me niega.

Si estoy muy embronado, y no se me pasa con la bolsa, me armo un porrito, le doy unas secas y me cuelgo con recuerdos y proyectos mochos mientras la noche me pasa por encima con una monotonizadora. Hasta que sale el sol y la desintegra como si nunca hubiese existido, a no ser por las evidencias: botellas vacías, manchas de todos los colores, puchos por la mitad enterrados en la muzarella y olor a pedo.

Cuando no salgo caigo en picada, con todo mi peso específico. Partido al me-

dio, con la cabeza rota y el culo sangrando, me revuelco en mi propia osamenta, pateando para adelante los problemas que arrastro como una pija muerta.

¿Cómo la estaría pasando Tararira? Pobre, festejando su cumple a pata. Los muchachos lo compadecen, no debe ser nada fácil para él. Tiene la idea fija: encontrar una cacerola de campaña lo suficientemente ancha como para contener al menos unos segundos el ganglio inflamado que le asoma como la cabeza de una tortuga deforme. No sabe lo que es entrar en una cajeta normal, sentir ese calorcito materno. No tiene más remedio que frotar la provoleta, raspar y raspar hasta que salte el chorro de ricota. Esa noche los muchachos le consiguieron una trolita paraguaya, flaca, morochona y con un orto descomunal. Yo mismo lo llevé a Guernica a arreglar. Dicen que tiene una argolla ancha, ideal para la morcilla vasca de Tararira. El día que se cruce

con una a la que le entre la poronga, la va a hacer rasguñar el empapelado de las paredes. Por ahora se tiene que arreglar solo, pero ya se sabe que la paja no es como el trigo. De chico tenía miedo de quedar ciego de tanta manuela. Se pasaba una piedra pómez por las palmas de la mano, para que no le crecieran pelos. Las otras noches me confesó que una sola vez había podido hacer un culo. Pero que mucho no le había gustado. Prefiere la pescadilla, el bacalao, el mejillón. Con tanta conchuda dando vueltas yo no me explico cómo todavía no la pudo poner como corresponde.

Siempre hostigado por la vieja, que le echa en cara que no va a dejar descendencia para continuar el apellido, que su padre, de estar vivo, sentiría vergüenza y cosas por el estilo, hirientes, ponzoñosas.

Una noche estábamos en un bar con dos minas, la cosa parecía encaminada.

Tiró de ir a su departamento. Y las minas agarraron viaje. Habíamos bajado una botella entera de José Cuervo rubio. Estaban encendidas y querían poronga. Las metimos al Sprint y nos mandamos. Llegamos y subimos a los gritos por la escalera, meta hacer quilombo. Cuando el Tararira abrió la puerta, estaba la madre, parada en el vano. Le metió un tortazo adelante de todos. Le dejó los cinco dedos marcados. La vieja le había caído de improviso, sin avisar. Me volví solo con las minas. La cosa se enfrió y al final, las tuve que llevar hasta la casa de una, que estaba recién separada y que vivía con la madre. Terminé en un bar de Constitución morfando un sánguuche de milanga y chupando una Imperial.

A eso de las diez, la noche está para cualquiera, pero conforme corren las horas, hay que bajarse del bondi antes de que se estrole contra una ochava. En la noche hay de todo. Estamos nosotros,

los chabones que salimos solos, a pegar vueltas a la bartola, a ver qué enganchamos. A veces es cansador. Pero salimos, porque si nos quedamos, es lo mismo que el goteo de la tortura china. La vida con mujer es más ordenada, es como tener siempre el calefón en piloto. En cambio los solitarios, los solterones y los divorciados llevamos una vida delivery, de ropa arrugada y ceniceros llenos. Los viudos son otro cantar, su vida puede ser tan pulcra y ascética como cuando vivían sus mujeres, pero esas vidas son tortuosas, tristes. La mujer es la bisagra de una puerta que da a la calle. A veces se entra, a veces se sale.

### 3

**E**l 10 de Septiembre de 1991 se produjo el último Ford Falcon. 494.209. Esa es la cantidad de falcones producidos. Él último auto, un Falcon Econo gris meteoro, fue sorteado entre el personal de la planta de Pacheco. No sé las vueltas que habrá pegado, y por las manos que habrá pasado, pero lo cierto es que Miguelito Calafate se lo compró a un gitano en un asentamiento de 9 de julio. Le quisieron ofrecer un fangote de guita, una chacra en Moreno, un Scania Vabis, con acoplado y todo, mano a mano, pero Miguelito lo sigue teniendo en el taller, cubierto por una funda que le hizo su propia madre.

Todos los 10 de septiembre nos junta-

mos unos cuantos en la rectificadora a conmemorar. Casi todos viejos de pantalones pinzados, mocasines de charol, pelo engominado y pucho en la comisura.

Está Juan Carlos Mendoza, un cana retirado que todavía porta el bigote reglamentario y la 9. Tiene un racimo de porongas en cada mano. Le da a la tomatina que da calambre. Maneja un Standard '62, negro raven, nunca taxi.

También está Tachito Bilancier, un negro chupetín de brea, cabeza de tacho, bigotes de yute. Trabaja en un taller de chapa y pintura. Tiene un Guía '79, blanco Túnez. No lo saca ni a la vereda, lo tiene guardado en el garaje, como si fuera un mueble. Lo tiene de cero kilómetro. Lo entrevistaron en la sección Parabras de la revista Corsa. Tiene la tapa enmarcada. El Guía parado con el lago de Palermo de fondo. Está orgulloso de esa entrevista, y no es para menos. Eso

sólo lo entiende un herrero, el resto de la humanidad debe pensar que es una boludez, pero que a uno lo feliciten por su auto, significa que están elogiando la dedicación, el empeño y la voluntad.

Otro es Saparascuincle Montalto, chileno, petiso y pancuca. En la mano derecha tiene un muñecito. Nació así. Fuma tabaco de hoja. Arma los cigarrillos mejor que si tuviera cuatro manos. Abre la bolsa y agarra unas hebras, saca un papel, se lo pone en la palma y con el meñique lo estruja hasta que se dobla en dos, esparce las hebras que tiene entre anular, medio y gordo, después enrolla el papel, le pasa la lengua y lo frota contra el muslo, dos pasadas y ya está armado. Toda la maniobra en segundos. Maneja un tacho para Barzola y tiene un Futura XP del 80, azul Oxford, con techo vinílico.

Teresa Orestes, es empleada en una lencería de Chacarita y maneja un Falcon Rural '67, con baguetas símil made-

ra. Tiene el cuero estirado; en un tiempo fue gorda, adelgazó de golpe y le quedó la piel estriada que parece un chicle. El dorima está postrado con una apoplejía hace como diez años. De él heredó el Falcon y se hizo experta.

Y por supuesto, el dueño del taller donde nos juntamos, Miguelito. Tiene un Deluxe '68 oro sol, una carcasa de un Sprint gris oscuro metal, que está armando desde que lo conozco, hará algo así como 8 años; y el Econo del sorteo. Fue uno de los mecánicos de la escudería del Tony Aventín, cuando salió campeón del TC con el Dodge, en el 81. En la pared de la oficina del taller tiene un cuadro con la foto que le sacaron en la revista Corsa. Cuando se cansó del ambiente puso la rectificadora.

En cada reunión Teresa lee un párrafo del manual del Falcon. Lee muy bien, pausado, modulando las palabras, mirando al frente en cada punto final. En

su juventud fue maestra de primario en Rauch. La noche del viernes se leyó sobre el Futura.

*Cuidado diario. Apertura del capot. Para la apertura del capot debe cerciorarse primero la palanca ubicada en la parte baja central de la parrilla, tirando de ella hacia arriba y destrabar luego el gancho de seguridad ubicado debajo del capot y sobre el lado izquierdo del vehículo, visto de frente. Para soportar el capot en su posición de máxima abertura se empleará la varilla de soporte introduciéndola en el orificio que aquel posee en el ángulo frontal izquierdo (lado derecha de la unidad). Al cerrar el capot, la varilla soporte se podrá fijar convenientemente entre el radiador y la parte frontal del vehículo.*

A mí el Falcon me parece uno de los autos más nobles que existe. Algunos le ponen la calcomanía esa de "mi Falcon no tiene la culpa de nada". Yo, como tengo la

conciencia tranquila y un par de gominas chupados, no necesito exteriorizar ninguna disculpa. Para nosotros tener un Falcon verde es de mal agüero. En octubre del '77 el General Albano Harguindeguy, que era Ministro del Interior, aprobó la compra directa a Ford Argentina, de noventa autos. Esos autos "no identificables" fueron entregados a la policía de la provincia para los operativos secretos. Según supimos muchos, en el 2003 el banco ciudad estuvo por rematar un lote, pero se suspendió el remate y no se supo más de esos autos. Yo conozco mucha gente que compró uno y lo hizo pintar de otro color. Pero el interior delata, porque casi nadie se le anima a pintarlo por adentro, es mucho bardo. El Falcon verde es un auto yeta, no se lo quiere. En el mercado está un poco más barato que cualquiera de otro color. Claro que incide el estado de conservación y otras variables, pero si el auto es verde,

tiene puntos en contra a la hora de hacer negocio.

Después de la reunión en lo de Miguelito Calafate lo pasé a buscar a Garófalo que estaba con Caracholo. Los tenía que llevar a una fiesta en Beraza. En la fiesta se iban a encontrar con Guernica, con Tarrarira y con Germondari. El cumpleaños de no se sabía qué conocido de un conocido de Guernica.

Fuimos quemando trapo con las ventanillas bajas, para que no quedara el olor adentro. Garófalo se colgó a imitar a González Rouco. Nos limó el marote con el famoso "adelante, adelante el avión", lo repitió como quinientas veces.

El lugar era una reverenda cagada. Una fábrica tomada, en ruinas. Maquinarias y mesas de trabajo con una infinidad de herramientas, latas de pintura y de grasa. Subimos unas escaleras y entramos a un galpón apenas iluminado. A los costados dos ventanales inmen-



sos. La gente se agolpaba contra unos tablones que hacían de barra. Estaba tocando una banda de blues. Dimos un par de vueltas, pero ni señas de Guernica, Germondari o Tararira. Garófalo nos trajo un fernet para cada uno, antes de sugerir que nos separáramos para ver si los encontrábamos.

Me hundí en el gentío y me fui abriendo paso como pude. Pasar a través de la multitud es un arte que no todos dominan. Hay muchas maneras. Están los que topan de atrás, de arrebato, y pasan en el pasillo que la gente va dejando. También están los tímidos que se quedan empantanados ni bien les aparece un nudo de cuerpos. Yo, particularmente, primero mando una mano en los resquicios que quedan entre cuerpo y cuerpo, y después meto el hombro, haciendo un poco de palanca con el brazo. La gente enseguida se abre.

En menos de cinco minutos pude ga-

nar una tarimita que había a un costado, entre el escenario y la barra.

Me apoyé contra una columna, prendí un pucho y me tomé el fernet, que era cualquier cosa menos Branca. Por el gustito podía ser Vittone, pero también Lusera o Capri. Era dulzón, así que el Imperio y el Porta quedaban descartados porque parecen lejía. Tampoco era Cinzano ni Ramazzotti ni 1882, porque esos zafan. Los probé a todos, Ottone, el Abuelo, Cazalis, y hasta los preparados que vienen en botellas de plástico, Fernando VII y Chabona, que son petróleo puro. El Mono Herrera me contó que en Mendoza y en Rosario están haciendo un fernet artesanal. Me prometió que cuando viaje en la moto me va a traer una botella. De eso hace como un año, todavía estoy esperando.

La banda sonaba fuerte. Bata, bajo, viola y voz. El cantante, carraspeaba:

*Hacete un té con tu tampón OB.*

Ese verso era la totalidad de la letra. Me hizo acordar un tema de Pappo, que para mi contiene una de las mejores letras del rock nacional. Por lo simple y justa.

*No puedo evitar que vengan hacia mí  
los sánwiches de miga,  
y parece mentira  
que hoy estuve aquí  
esperándote.  
Estuve esperándote.*

Después la letra sigue un cacho más, pero hasta ahí me parece perfecta. Un tipo que está en una reunión esperando a una mina que no llega. Pasan los mozos con las bandejas de sanguchitos y el tipo no se puede resistir. Una buena metáfora del vicio y la ansiedad.

Miré para un costado y me crucé con los ojos de caimán al asecho del Tararira, vichando culos, zanjas y tetas. Estaba re

puesto, con miles de tics. Se me arrimó y empezó con el dedito, con esa necesidad imperiosa que le agarra de tocar a sus interlocutores. Hablaba a mil por hora. Que las minas esto, que las minas lo otro. Que había una cantidad infernal de tro-las, que era la fiesta ideal para enterrar la batata. Le pregunté si se había cruzado con alguno de los muchachos. Había caído solo y yo era al primero que se cruzaba. Le pedí que si lo veía a Guernica, le dijera dónde estaba yo. Pero me dejó con la palabra en la boca, porque se fue atrás de una rubiecita con una botella de birra en la mano.

Me agarraron ganas de mear. Le di el último sorbo al fernet y enfilé a ver si encontraba el baño. El gentío me escupió a un pasillo. Al fondo divisé una puerta iluminada. Entré. Estaba abarrotado de chabones. Contra la pared, una canaleta para mear, la pileta y un puertita donde debía estar el inodoro. La pileta estaba habili-

tada como meadero. Me puse en la cola. Adelante tenía a tres tipos. Se escuchó un nariguetazo adentro del cubículo. Se abrió la puerta y salió un lungo eyectado, moqueando, más duro que una bigornia. Me mandé y me eché un meo de tres litros por lo menos. Desde la tarde que no meaba. Mientras sacudía levante la cabeza y vi el depósito con la cadenita colgando: Rolex. Y se disparó el recuerdo. Ideal, y el afamado Zenitram, que pertenece a la familia Martínez, como lo sabe cualquiera que tenga la afición de leer las palabras al verre. Trafal, Pescadas, Ferrum, Esquel, Capea, Roca, Deca. Tanto inodoro, tanto mingitorio, tanta pileta, tanto espejo. Los metros y metros aspirados en los baños, los monedazos, los pases de tarjeta. Necesitaba un ayudín, un toquecito nomás, por los viejos tiempos. Encima Guernica que no aparecía. En una de esas, tanteando a alguno zafaba, pero no, perdí muñeca. Papuza había, pero tenía que tocar al

indicado. No me gusta andar pidiendo. Esa fue siempre una máxima en mi vida, si no tengo, no tomo. Nunca me gustó manguear. Ni plata, ni falopa, ni nada.

Me acuerdo cuando compraba en lo de Cacheuta. Iba casi siempre con Francis a pegar raviolos bolivianos y ceritas paraguayas. Con Lazarito y el Gordo Serafín compraba en el piringundín de Lavalleja. Una papuza de colección. Ya no se ve más eso, ahora viene muy cortada, por eso dejé de tomar. Una noche, en un departamento, vi como se reventaba una minita toda por adentro. Ahora estos putos la cortan con vidrio, polvo de tubo fluorescente, talco, novalgina, y que sé yo la de otras porquerías que le meterán. Si hasta me dijeron que le mandan mármol molido.

Pero esa noche no me importaba nada, quería tomar un poco. ¡Como labura la croqueta!, de sólo pensar en tomar, ya sentía la engañosa sensación de la ansie-

dad creciendo, el gustito a fernet amargo en el paladar, la boca pastosa. Salí del cubículo con toda la intención de buscarlo a Guernica hasta que apareciera. A veces, para desmedro propio, los deseos se cumplen. Cayó al baño para hacer unos mangos. Le pedí de una. Me dijo que lo esperara, que se quería a echar un garco porque no aguanta más el cuis de campo que le estaba revolviendo las tripas.

Lo esperé afuera, contra la pared del pasillo, al lado del baño de minas. Entraban y salían, de todos los colores, pen-dejas, treintañeras, y un par de veteranas bastante cogestibles.

Salió Guernica y me pasó un pelpa. Se escuchaba el zumbido entre los pliegues. Alita. Nos metimos por el fondo del pasillo tanteando puertas, hasta que encontramos una abierta. Una oficinita modesta, con un escritorio de chapa té con leche, dos sillas y una computadora más vieja que la mierda. Peiné en el vidrio del es-

critorio, mirando las fotos que había abajo. Fotos familiares y de amigos. Traté de encontrar la cara del dueño de la oficina. Se repetía un pelado con cara de chanco. Abrazado a una mina bastante pasable; otra con la mina y un nene; con la mina, el nene más crecido y una bebida. En otra foto los mismos y la bebida más crecida. Día de escuela de uno y otro, secundario, facultad. Fotos de la familia en la playa, el gordo posando con un pescado arriba de un gomón; sentado en una mesa rodeado de tipos de su edad. Me metí tres saques. Un escopetazo en la nuca. Tremenda. Me levantó como sorete en pala. Guernica abría cajones. Encontró una abrochadora, un block de hojas y un Rotring de dibujo industrial. Se lo guardó en el bolsillo de la camisa. Había un solo cajón cerrado. Me dijo de abrirlo. Le alcancé la ganzúa. Encontró una carpeta. Informes, estadísticas, planos y unos mapas. Se la puso abajo del brazo y me pidió que lo acompañara.

En vez de volver al galpón donde estaba tocando la banda, seguimos por el pasillo alumbrados por la linternita de su Nokia 1100. No le pregunté adónde íbamos porque hubiera sido al pedo. A fuerza de conocerlo sé que nunca contesta las preguntas que se le hacen. Caminamos como cincuenta metros, hasta que aparecieron unas escaleras y seguimos bajando unos cuantos metros más. El sonido de la fiesta se escuchaba en sordina, a penas si se podía percibir el bombo. Pum pum pum pum. El sonido infartado del blues. ¡Qué buena música, carajo! El tango negro. Muddy Waters, Hooker. BB King. Robert Cray. Y los blancos, Vaughan y Clapton. El albino Juancito Invierno. Acá, Pappo, La Mississippi, Memphis también. Gran cantante Otero. Igual los dos primeros discos, después se alejaron un poco del blues. Hay que ver los dos discos de Otero solista qué onda. Todavía no tuve oportunidad de escucharlos. Y JAF. Los

primeros discos de JAF son tremendos. *Entrar en vos*, arranca con un tema que habla de la prorranga pero también del auto.

*Desperté una mañana y mi máquina no andaba,  
no hubo forma de hacerla arrancar,  
desde entonces, nena, no puedo hacerte gozar.*

*Dejé pasar un tiempo sin hacer ningún intento  
por forzarla a que funcione otra vez,  
pero sé, muñeca, que a vos te gusta correr.*

*Mi máquina mecánica, mi máquina...  
camina sola, nena, si la sabes arrancar.*

*Diapositivas* también es un gran disco aunque se alejé un poco del blues, pero el que más me gusta es *Salida de emergencia*. Pero claro, lo captó una multinacional y le obligó a grabar esos temas pedorros,

que en definitiva son con los que más vendió. Pero hay cada blusazo, y cada rocanrol. El tipo tiene una de las mejores voces del rock nacional, sin contar que es un gran guitarrista. Va a los pueblos a tocar solo con la viola, y se la re banca. Tuvimos grandes bandas de blues que no llegaron lejos, pero que dejaron unos discos hermosos. La Yaría brothers, los Chevy Rockets con el Tano Pugliese en la primera viola. Y bueno, no me puedo olvidar de Botafogo, que ahora se hace llamar Villanova, que en realidad es su verdadero apellido. Es uno de los grandes referentes de la viola argentina, sin ninguna duda, y además tocó también en Durazno de Gala, otra gran banda de blues.

El pasillo era cada vez más angosto y más bajo. Yo a Guernica lo sigo tranquilo porque no es un kamikaze. El siempre va sobre seguro. Empezamos a gatear como unos diez metros, y nos metimos

por un agujero a una habitación. Estaba todo muy oscuro. Había un olor rancio, como a cebolla podrida. Guernica, que conoce bien mi mambo con los olores me dijo que era mierda. Prendió un sol de noche. A medida que se iba calentando la camisa, los contornos del lugar se fueron iluminando. Un sucucho de cuatro por cuatro, piso de tierra, una mesa y tres sillas. En una de las sillas había un tipo desnudo, atado de pies y manos, todo cagado. Guernica me dijo que era un editor que tenía los derechos de la obra de un muerto al que querían publicar ellos. Un posible tapado, que tenía por lo menos diez best sellers, todos filmables. Un negocio seguro. El tipo estaba untado con su propia mierda.

Le pregunte qué pensaban hacer. Consegir lo que queremos, dijo. Se estaban metiendo en una grossa, una cosa era hacer negocios de pequeña monta y otra era secuestrar a un tipo a cara descubierta.

Uno a uno fueron cayendo los muchachos. Garófalo, el ideólogo del plan, Caracholo, Guermondari, y último Tararira. Se reunieron alrededor del tipo y le hicieron preguntas, que el tipo no contestaba. Cada uno fue mostrando un lado sádico que les desconocía. Tararira lo meo en la cara. Garófalo lo quemó con cigarrillo, y Caracholo le coló un par de dedos de látex en el orto, por debajo de la silla, que tenía un agujero abierto, justamente, para que Caracholo pudiera hacer lo que hizo con toda comodidad. Guermondari se remitía a observar y a tomar notas en su libreta. El tipo era duro, eso había que reconocerlo. No les largaba prenda. Lo que ellos querían era que les firmara un documento donde se los reconocía como únicos poseedores de los derechos a publicar al escritor en cuestión. El editor los puteaba y les decía que los iba a matar a todos, uno por uno, con sus propias manos. Lo que no dejaba de ser posible. Te-

nía un lomazo, bastante trabajado, y por lo que venía demostrando era fuerte y no le tenía miedo al dolor.

Extrañé la fiesta y me tomé otro virulo. No sé si seguía escuchando el bombo de la bata, o si era una retarda auditiva, el deseo trunco de estar en el galpón central de la fábrica, acodado a la barra, chupando y escuchando la base sorda de un blues viejo. Guernica me pasó una botella de whisky. Tomé un trago y se la pasé al Tararira.

Me fui para un rincón y me senté en el suelo. El olor a mierda era penetrante. Me dolían la mandíbula y las muelas. Bruxismo de vigilia. Buena merca.

El tipo quedó desmayado, porque en determinado momento, Guermondari, le empezó a pegar con una guía de Telefónica en la cabeza. Levantamos campamento y volvimos a la fiesta.

Garófalo me dijo que ellos se iban a quedar hasta tarde en la fiesta, porque

antes de que amaneciera, le iban a hacer otra visita al quía. Si yo me quería ir, que me fuera tranquilo, que al otro día hablábamos. Me quería subir el sueldo, porque de ahí en más la cosa se iba a poner pesada.

Llegué a casa a eso de las 5 con una locura galopante. Bajé la caja de zapatos del ropero, me senté en una reposería en el patio, con una jarra de Fernet y me puse a mirar fotos del tiempo de la inundación. Y empezaron a pasar las diapositivas. Uno es joven, está sonriente, bien acompañado, de vacaciones, o en algún cumpleaños. Las de abajo primero, para volver en el tiempo desde los comienzos. Tengo una sola foto de cuando era bebé. Antes las tenía la vieja y después, cuando murió, la heredé junto con la caja de zapatos y un álbum.

Al final me fui a dormir porque se me acabaron los cubitos.

## 4

Garófalo me citó en La Biela para el vermú. Hacía años que no pisaba. Empezamos a ir con Miguelito Calafate, cuando nos enteramos que al boliche le pusieron ese nombre porque en las inmediaciones había fundido bien la Rolo de Álzaga, uno de los pilotos del TC preferidos de mi viejo, preferencia que me contaminó, como tantas otras. En aquellos tiempos sabían correr picadas que largaban en la Recoleta, pasaban por el cementerio, seguían para el Rosedal, y después a los lagos para terminar en la costanera.

Rolo corría con los hermanos Gálvez, allá por el 50. Pilotos de primera línea. Menditegy, Saigós, Risatti, Cabalen. Y



había que correr en esos autos. Rolo después de la cupé Falcon manejó un Alfa Romeo Giulietta, un Volvo 1.800 y hasta una Maserati tres litros. Después se pasó al Torino Crespí, un maquinón que levantaba más de 198 kilómetros por hora. En las primeras carreras, abandonaba porque se le rompían los coches, pero descontaba segundos con una facilidad tremenda; hasta que ganó el Gran Premio en el 59. Y ahí empezó su fama. En 1968 corrió su última carrera con una Liebre III, un Torino de lo mejor. Con equipo Perkins, motor Tornado 6 cilindros en línea, una potencia de 275 caballos, tres carburadores Weber de tiro horizontal de 45 mm. Un carter húmedo y una caja de 4 marchas. Una animalada para la época.

Me senté a esperar a Garófalo abajo del cuadro en el que Fangio juega con unos autitos, al costado de la parrilla del Lancia, donde están colgadas también

las bielas fundidas. Los mosaicos, con moño, chalequitos, brazaletes verdes, y el nombre en una placa identificadora, como si fueran empleados de banco de una película de pistoleros, iban y venían de las mesas a la barra, marchaban las comandas y se quedaban acodados esperando el pedido, hablando de costado, con la mano en la boca, como Messi.

El bar en sí es una cagada, mucho bronce, mucha cortinita blanca. Barra de madera, unos faroles con globo más feos que la mierda, un par de helechos, unos potus. Pero tiene su fama, que es lo mejor que le puede pasar a un bar. Por eso tiene la carta que tiene. ¡Mamita! Una birra tres cuartos, 27 mangos, adentro y 32 afuera. Un JB, 70 adentro y 84 afuera.

Esperé que viniera el mozo. Nunca los llamo porque no me gusta quedar pagando, haciendo señas como el penado 14. Los dejo que caigan solos. Le pedí que me preparara en un vaso trago lar-

go: setenta de Campari, treinta de agua tónica dos gajos pelados de limón y tres cubitos. Así lo toma El patriarca, un arriero urbano con el que me sabía juntar hace décadas en un departamentito de Almagro. Después de hacerlo marchar, me fijé cuánto dolía el Campari: 53 mangos adentro y 63 afuera. Una estafa, pero bueno, los gustos hay que dárseles en vida. Eso dicen los que gastan sin culpa.

Eran algo así como las siete y cuarto, siete y media, horario perfecto para el vermú. El sol todavía asomaba por entre las cruces. Qué cosa extraña: un cementerio en el medio de un barrio recontra cajetilla. Aunque seguramente, antes que el barrio, se debe haber construido el cementerio, cuando todo Recoleta eran casas quintas.

Y cayó Garófalo, nomás, con sus anteojos ahumados a lo Top Gun y la chomba roja de pique. Unos pasos atrás, Germon-

dari, despeinado, con una camisa escoceña de los Duke de Hazzard y un librito calzado en el sobaco. Arrimaron dos sillas y se sentaron. Germondari se puso a mirar los cuadritos con gran parte de la historia automovilística. Garófalo oteaba la concurrencia. Estaría buscando algún viejo escritor de prosapia. Pero parecía haber solamente turistas y viejas cagadas en guita, recostadas muy orondas en los respaldos de la biela acanalada. Garófalo me preguntó qué estaba tomando y encaró para la barra. Otro al que no le gusta esperar a los mozos. Pero como es más ansioso: la montaña va a Mahoma.

Le pregunté a Germondari por Tararira, por Caracholo y por Danonino. Me respondió sin dejar de mirar los cuadritos. Tararira estaba encerrado en su depto comiendo pescadilla; Caracholo en una francachela en Burzaco y de Danonino, como de costumbre, no se sabía nada.

Apareció el mosaico con los Campari

en la bandeja y tres platitos de ingredientes. Pisándole los talones se acercó Garófalo, sacó un papel del bolsillo de la chomba, lo puso arriba del mármol, y me lo deslizó con dos dedos. “Brasil 1234, casa. Referencia: a dos cuadras de la plaza San Martín. Cañuelas.” Siempre tan esquemático y preciso. De viaje tendríamos hora y media, dos horas a lo sumo, siempre y cuando la Richieri no estuviera cargada. Al Sprint le venía bien un viajecito largo para asentarlos, porque se le habían pegado los platinos y se los tuve que cambiar, junto con los retenes y los bujes de bronce del carburador.

Garófalo me dijo que teníamos que ir a ver a Cachamay Somoza, un viejo carcamán de la época en que los libros no tenían código de barras. Cachamay supo ser redactor de *El borne*, una revista para camioneros que hacía años que estaba fuera de circulación. Garófalo se cansó de llamarlo infinidad de veces para com-

prarle algunos ejemplares, pero el viejo se negó de plano, cada vez. Garófalo tenía la espina en el ojo, y esa noche se la quería sacar. Es un gran monómano, capaz de meter la mano en un excusado con tal de conseguir lo que quiere. Cachamay pertenecía a la Guardia imperial, y sus hijos, tres mellizos enormes, integraban cada uno, las otras facciones: los Racings Stones, la 95 y la Dock Sud. Garófalo me dijo sotovocce que podía llegar a haber problemas. Sin Caracholo que es grandote, sin el Tara y sin Danonino, sumábamos poco. Además, Germondari parecía estar en babia y no era ninguna garantía. La cosa no pintaba bien si se armaba bardo, y si Garófalo me avisaba, era porque bardo iba a haber por descontado. Pero yo nunca les cuestiono. Los llevo y punto. Y si hay tole tole, veo.

Germondari se mandó de un trago el resto de vermú y pidió tres whiskys dobles a voz en cuello. A las ocho, para

los tres, terminaba la hora del vermú y arrancaba la noche propiamente dicha.

Terminamos los whiskys, Garófalo tiró unos billetes arriba de la mesa y encaramos para la puerta.

Mientras yo sacaba el Sprint del estacionamiento, los dos me esperaron abajo de las ramas apuntaladas del ombú. Estacioné sobre Ramos Mejía. Germondari, con un yuyo en la boca, miraba en lontananza por encima de las cruces que sobresalían del paredón del cementerio. Lo miré de atrás, el pelo revuelto, esa mirada cansina y un poco autista que lo caracteriza; ese tipo sabía cosas, cosas que yo ni siquiera sospechaba que pudieran saberse. Subió de acompañante, con el yuyito entre los labios. Algo le pasaba, de eso no cabían dudas, pero si no quería contar, yo no le iba a andar preguntando.

Garófalo se sentó atrás. Dijo que una vez que éramos pocos, quería ir cómodo. Estaba eufórico. Empezó a enumerar y

a describir con lujo de detalle cada una de las secciones de *El borne*, cosas que no aparecen en internet.

Entrevistas a camioneros. Se acordaba de algunos: Taviolo Barragán (1114 con motor 1518. Modelo '69), Capacho Samudio (Mercedez Benz 1620 volcador. Modelo '92), La lombriz Lamberti (Scania R112h. Modelo '86); Pichi Giménez (Chevrolet Kodiak 14-190 con semi-remolque Gomatro. Modelo '97) y el Almeja Mesineo (Ford 14000 volcador. Modelo '99).

La página de deportes con el TC y los cartins, la fórmula uno, las estadísticas, los rankings y toda la movida tuerca. Había data de encuentros y exposiciones. Notas gastronómicas sobre algunas parrillas al paso. Clasificados: talleres mecánicos, loneras, gomerías, ferreterías, concesionarias.

Pero lo que más le interesaba a Garófalo eran los horóscopos. Tiró algunos

ejemplos. Sagitario: Fijate cómo andás de cubiertas. Aries: Te está haciendo falta un buen cambio de aceite. Géminis: Es hora de aflojar con lo frito. Libra: Dejá de dormir en la buchaca que el lumbago no es joda. Leo: ¿No te da vergüenza gastarte la guita en putas?

También se acordaba de un número en el que venía un informe sobre el Sprint '73, casi idéntico al mío, pero rojo con pipas blancas. Me dio la sensación de que me estaba macaneando, que me quería interesar, como si pinchándome la curiosidad, se disculpaba por meterme en un posible quilombo. Me dijo que todavía se acordaba la ficha técnica de memoria. Carburador Holley 40/40, leva Romero, escape múltiple silen con trombón de Supercat, un diferencial Dana 44 con autoblocante. El que tenía uno así era el Finado Orofino, que nunca lo sacaba del garaje. Lo lustraba todas las tardes y lo volvía a tapar. Era su orgullo. No sé qué

habrá sido del auto, porque Orofino no tenía hijos, ni hermanos, ni nada.

En ese mismo número, según Garófalo, había también una investigación sobre los trenes cargueros de la vieja Fortabat, de cómo habían desbastado a las empresas de transporte. Gente que había tenido que vender una flota entera, porque no podían competir con los cargueros, que metían más carga a menor precio.

Entramos a Cañuelas. No andaba nadie en la calle. Iba a 10, para que el Sprint no hiciera ruido al pedo. Estacioné enfrente de la dirección. Bajamos. La noche estaba linda, no hacía ni frío, ni calor y había un silencio puro. Garófalo cruzó la calle y tocó el timbre en una casa con revoque de salpicré. Se abrió la puerta y salió un mastodonte con flequillo a lo Carlitos Bala y cara de mocasín Cherocha.

Germondari se me acercó por atrás y me dijo que era Idelfonso, uno de los trillizos de Cachamay. Garófalo nos hizo

una seña y nos metimos por un pasillo. La espalda de Idelfonso nos tapaba toda la visión. Giró en un codo y volvió a girar, hasta que clavó las guampas en una puerta de chapa carcomida por el óxido. Empujó la puerta con un pie y dejó que pasáramos.

Un comedor alumbrado por la escupida miserable de un foco de veinticinco. Abajo del foco, estaba sentado un escuerzo viejo y descomunal, envuelto en una nube de humo: Cachamay. Sentados a cada lado del escuerzo, estaban los otros dos animales prehistóricos, copias idénticas de Idelfonso. En un rincón, contra un aparador, en una banqueta había una flaquita rubia, más insulsa que un escarbadientes. El escuerzo nos dijo que pasáramos nomás, que estábamos en nuestra casa. Había olor a pedo mojado. En un televisor a todo volumen, arriba de un modular, estaban dando Racing contra Estudiantes. No soy fino ni mucho me-

nos, pero el olor era insoportable. Me imagine los tres culos gordos de los trillizos y fue peor.

Cachamay nos dijo que nos sentáramos. Le ordenó a la flaca escuálida que trajera más vasos. La flaca, hacendosa, nos puso un vaso a cada uno sobre el mantel de hule floreado. El viejo presentó a sus hijos. A su derecha, Fornicio, a su izquierda, Cosme; a Idelfonso ya lo conocíamos, y la flaca era la Lechiguana Pereda. Acto seguido, se levantó y empinó un trago del pico de una botella de vino blanco Colón con cachos de dientes de ajo. Se puso a hablar del nuevo plantel del Cholo, que ahora sí, que el equipo le gustaba, que Teo, que Gio cuando se recuperara de la lesión, que con el payasito, pero principalmente con el Cholo, que había abandonado una carrera exitosa en Europa para volver al club de sus amores. Nos dijo que para ser hincha de Racing había que tener mucho más que

huevos, había que estar acostumbrado a sufrir, a soportar el dolor, que la fe lo era todo. Contó que en un viaje a Rosario para jugar contra Central, en el avión le tocó de compañero un cura que iba a todos lados con la comitiva, para pedir por el club y bendecir a los jugadores antes de cada partido. Le coló media pepa en la CocaCola. El curita, pobre, empezó a hacer un quilombo bárbaro, que el avión se iba a caer, y que estaban todos condenados. Lo tuvo que dormir de una trompada para que no armara más bardo, y alguien descubriera que lo había emepado. Nos miramos con Germondari y nos reímos, más que de la anécdota, de la risa de motor de Rastrojera de Cachamay.

Ahí nomás el viejo puso freno de mano y nos preguntó de qué mierda nos reíamos, si éramos de Independiente o qué carajos.

Gárfalo, diplomático, salió al cruce y

le dijo que mucho no nos interesaba el fútbol, que habíamos ido por otra cosa. Y le nombró la revista.

El viejo se volvió a sentar, tomó otro trago, nos sirvió los vasos y le ordenó a Fornicio y a Idelfonso que prepararan todo. Nos pidió que lo disculpáramos un rato. Manoteó a la flaca y desaparecieron por una puerta.

Quedamos con Cosme, que sonreía como un opa. Se hizo un silencio espeso. Duró unos segundos, porque el trillizo apoyó sus manazas de carnicero sobre el mantel de hule, levantó un poco el culo de la silla y se rajó un pedo como hacía años que yo no escuchaba.

El rebufo caliente quedó suspendido un buen rato en el aire. Sin ningún tipo de miramientos los tres nos tapamos la nariz con la mano. El trillizo no pareció ofenderse ni nada. Se paró, fue hasta la Siam que estaba al costado del modular, sacó una birra, la destapó con los dientes

y la empinó. En fracción de segundos la liquidó. La panza le hizo ruido como si se tirara un elefante de un trampolín. Esperamos, con un poco de miedo y asco, que se volviera a tirar otro pedo, pero por suerte dejó la botella vacía arriba de la mesa y se fue por la misma puerta por la que se habían ido sus dos hermanos.

Quedamos solos.

Germondari le preguntó a Garófalo qué pensaba hacer, si tenía algún plan o si simplemente estaba tocando de oído. Plan, lo que se dice plan no tenía. Había que esperar.

Apareció la Lechiguana completamente desnuda, la rodilla de un canario, y atrás Cachamay, enfurecido, a los gritos y en calzoncillos.

Nos preguntó si no nos gustaba el chupi o si éramos manfloros, porque no habíamos tomado ni un sorbo del vino Colón. Garófalo levantó el vaso y propuso un brindis, por la legendaria revista

*El borne.* No tuvimos más remedio que tomar. Horrible. Un gusto rancio a ajo podrido.

Cachamay, viendo nuestras caras de asco, rastrejando, nos contó que era el vino de los cuatro ladrones. Una receta que habían inventado unos chorros franceses para escruchar casas infestadas de peste bubónica.

Vino blanco barato, salvia, artemisa, romero, lavanda, y dientes de ajo cortados al medio. Una receta infalible.

Asomó la cabeza de uno de los ursos y dijo que ya estaba todo listo. Antes se los podía reconocer por la ubicación en la mesa cuando el viejo nos los presentó, pero como se habían mezclado al irse, ya los tres se nos confundían, vestidos como estaban: pantalón de gimnasia negro con el escudito y la camiseta de Racing sin número. Cachamay nos pidió que lo siguiéramos.

Pasamos a una pieza iluminada por



el pestaneo del fluorescente. Las caras se apagaban y se prendían en distintas muecas. En el centro de la pieza había una mesita de vidrio, en el centro de la mesa, desplegada de punta a punta, la estela grumosa de un avión a chorro.

Germondari me codeó para que mirara las paredes. Estaban llenas de cuadritos con fotos de famosos hinchas de Racing: Perón, Kirchner, Gardel, Yupanqui, Piazzolla, Pugliese, Iorio, el gordo Juárez, Andino (padre e hijo), Mirta Legrand, Porcel, Franchella, Araceli, Emilio Disi, Sueiro, Firmenich, Zulma Faiad y Sergio Denis.

Cachamay dijo que nos sirviéramos tranquilos, que había para todos. Contrariando todos los pronósticos, Germondari hizo punta. Se agachó sobre la mesa y pegó el primer nariguetazo. Se levantó con ojitos de conejo. Después se mandaron los trillizos, uno atrás del otro. Cachamay nos señaló la mesa con

la pera; tomo y obligo. Encaró Garófalo y después me mandé yo. Otro hachazo en la nuca. Era una merca papoza, amarga como zapallo de zanja. Al toque nomás, como si estuviera todo planificado, apareció la flaca, todavía en bolas, con una bandejita, una botella de Hesperidina y un montón de vasos.

Uno de los trillizos desapareció y al toque empezó a sonar música al mango. Era V8, la voz de motosierra de Zamarbide, cantando *Asqueroso cansancio*. Los baffles estaban desconados, así que el sonido retumbaba en toda la pieza y rebotaba sobre nuestros pechos taquicárdicos.

Yo seguía mirando los cuadritos, en cada parpadeo de la luz, la trucha de algún famoso. Cuando me di vuelta para agarrar un vaso de arriba de la mesa, vi que la flaquita estaba tirada en el piso, con las piernas cerradas y agarrándose la cara. Cachamay, por encima de ella,

parado de piernas abiertas y brazos en jarra, le gritaba enfurecido. Uno de los trillizos, fue y apagó la música. El silencio me reconfortó. Pero no duró mucho. Que puta de acá, que puta de allá. Estaba verdaderamente enojado, los ojos inyectados en sangre, y espuma en la boca de sapo. "Hija de puta, si yo lo único que pido de vez en cuando es que me froten la chota hasta que le saquen brillo. Pero claro, con el asterisco del ojete cerrado, difícil que el chanco chifle. Lo que vos no tenés es voluntad, hija de puta, con todas las cosas que yo hago por vos. Cómo me vas a hacer quedar mal con esta gente. Si se me canta el forro de la chota que tenés que compartir tu culo, vos lo compartís y punto." La flaca lo miraba desde el piso llorando a moco tendido. El viejo estaba sacado. Se me arrimó Germondari y me dijo de coté: "Este tipo no tiene líquido de freno, Falcon. Nos tenemos que ir ahora, después capaz que va a ser tarde".

El viejo seguía a las puteadas y la mina en el piso. Cuando me quise dar cuenta, Garófalo no estaba en la pieza.

Uno de los mellizos se le acercó al viejo y le quiso decir algo, pero Cachamay le dobló la jeta de un revés. Le quedó la óptica titilando, como la luz del fluorescente, que tergiversaba el aire. El viejo repetía que él lo único que quería era que le aceptaran bien la chota. Peló el troncho, lo puso arriba de la mesa de vidrio, y lo refregó sobre los restos de merca. Era el brazo morrudo de un pibe de 15.

La flaquita se arrastró desde el piso, le manoteó el termotanque y se lo metió de una en la boca. Cachamay puso los ojos en blanco y gritaba: "Viciosa, viciosa, siempre igual, siempre igual, te hacés rogar, pero a la final te la manducás entera, viciosa."

Con Germondari nos miramos y salimos los dos para el comedor. Ahí tampoco estaba Garófalo.

Estaba uno de los mellizos sentado a la mesa, con una botella de cerveza en la mano. Nos miró y nos dijo como voz de nene triste: “Todas las noches lo mismo. Dice que lo mejor de la carne está cerca del hueso, y trae esos canarios a vivir y encima quiere que nosotros también le demos matraca. Pero a mí me gustan las gordas bien pulposas. Pero papá no quiere que traigamos a ninguna, quiere que nos culeemos a esos lagartos. Para eso yo prefiero la paja”.

Apareció Garófalo por una puerta, y nos preguntó si no andábamos con ganas de tomar aire. Le dijo al trillizo que nos íbamos. Dudó unos segundos y le contestó que al padre no le iba a gustar ni mierda que nos fuéramos sin saludar. Garófalo le dijo que no le importaba un carajo lo que a ese viejo de mierda le gustara o le dejara de gustar. Cuando el trillizo recibió el chicotazo de la contestación, atinó a levantarse, pero Germondari, ni

lerdo ni perezoso, le reventó la trompa de un botellazo y le pateó una rodilla. El mastodonte cayó como un árbol talado. Me hizo acordar a una frase que siempre me tira Miguelito Calafate, cada vez que tiene que pelear contra un lungo: “a estos, Falcon, hay que matarlos con el diferencial”.

Germondari dijo que nos fuéramos lo más rápido posible, que esos eran bravos en serio, nos podían cortar el cuello y dios no se iba a meter. Salimos al pasillo y entramos a correr. Ni bien pisamos la calle, sentimos el griterío idiota de los otros dos mellizos, y la voz ajada del viejo que se desgañitaba en puteadas. Nos subimos al Sprint justo cuando los guanacos salían a la vereda. Corrieron, pero a los pocos metros quedaron clavados, tratando de recuperar el aliento, resignándose a que los habían cagado como de arriba de un palo. Por el retrovisor pude ver la anaconda de Chachamay

chorreando guasca. Metí un rebaje, y el chirrido de dientes de la caja me puso la piel de gallina. Así se aprende, con el peligro mordiendo los garrones. Garófalo sentado atrás, a carcajada limpia, me palmeó el hombro en señal de agradecimiento y me pasó un disco de los Redondos. Me dijo que pasara directamente al track dos porque el primero saltaba. Germondari seguía hosco y revirado. En toda la noche no le había podido sacar la ficha. Andaba encarajinado con algo, como si tuviera un sorete atrancado. Pero Germondari era de esconder.

Garófalo estaba en su mundo, disfrutando de los dos ejemplares de *El Borne* que le había chafado a Cachamay. Es bueno para la rapiña. Entre los riff de Skay, Germondari empezó a hablar como un poseso, como si todo fuera parte de un soliloquio que me tocaba escuchar de rebote, por ser un simple testigo de los hechos, cosa que les pasa a casi to-

dos los choferes. Primero me contó una historia, que dijo haberle escuchado a un tal Andrés Rivera. Resulta que Borges, un Borges joven, todavía vidente, estaba con un amigo en una pulpería, tomando una caña, de cara al mostrador, dándole la espalda a la concurrencia. En una de esas, se arma pelea, los tipos salen a la calle y muere uno de los dos. La persona que acompañaba a Borges salió a mirar. Cuando terminó todo, Borges salió a la puerta, agarró a su acompañante del brazo y le dijo: “Bueno, ahora sí, cuénteme”.

Después me dijo algo que me va a quedar grabado: “En las noches insulsas es insoportable cuando una maldición eterna nos arranca el miedo y terminamos imaginando insufribles y lentas metamorfosis mientras construimos la propia noche para efectuar trabajos manuales en un pubis lampiño”. No sé bien para qué lado iba, pero tanta cosa rara me había empezado a preocupar. Ahí nomás

escupió el principio de Lavoisier: “nada se pierde, Falcon, todo se transforma”. Abrió la puerta y se tiró en una curva. Lo vi rodar unos metros por el retrovisor, como un bicho bolita, y después desaparecer en el yuyal de la banquina. Atiné a frenar para volver a buscarlo, pero iba al taco y tuve miedo de hacer mierda algo. Garófalo dormía con la boca abierta y la cabeza para atrás, abrazando las revistas. El disco arrancó de nuevo con el primer tema:

*Un héroe del whisky más, un héroe del whisky mas, un héroe del whisky más, las estrellas ahí nomás, a su alcance, ahí nomás, a su alcance, frías, frías, frías, frías, frías...*

**E**l Lengua Mesa me contó, que Alejandro Medida le pegó una revolcada tremenda a Pappo al final de un recital. El bardo no se sabe por qué era, pero la cosa es que se fueron a las manos, y Medina lo sentó de ojete, lo agarró de una pata y lo revolcó hasta la calle, delante de todos los pibito que habían ido al recital. Cosas qué se dicen. Cosas a las que no se les puede dar demasiado crédito, porque no se las puede corroborar. Y capaz que vas y le preguntás a Alejandro Medina y te dice que es mentira. O capaz que lo cerciora. Nunca se sabe. La de gente que estuvo en algún recital de Sumo en sus inicios, y a penas si había veinte gatos locos. Pescadores

que agrandan el pescado. Además el Lengua Mesa es muy macaneador, pero un mentiroso entreteje la mentira con la verdad, ese es su juego, y su don. Por lo menos parece posible. Si bien Pappo tenía fama de poronga, Alejandro Medina siempre tuvo el lomo ancho como para bancársela también. De probabilidades tengo un galpón lleno, dijo el Goyo, un cantor de trinchera que conocí en otra vida.

Esperé a los muchachos con una picadita, un Cynar con hielo, y jugo de limón. Preparé todo escuchando *El león*, de Manal, por eso la evocación del gran Alejandro Medina. Disco grabado en el 71, que explora un poco más el rock pesado de esa época. A mí me gusta más el blues que el rock y más que a grupos, sigo a bajistas. Los de Pappo's Blues: Lebón, Machi Rufino, Enrique Avellaneda, y Alejandro Medina, un buen bajista, cumplidor, que nunca falla. Otros que

me gustan son el Ruso Beiserman de Memphis, Cannavo de la Mississippi, y Daniel Yalo López de Durazno de Gala, todos músicos que saben formar una base compacta, y que a pesar de ser grandes instrumentistas, no sobresalen por encima de la banda. Eso es lo que más me gusta de un bajista. Más acá están Bocón Frascino, Arnedo, Semilla Bucciareli, pero más del palo de rock.

La música es verdad. Canta la justa. Todavía me caen las fichas de letras de Charly o del Indio Solari. Las de Spinetta son indescifrables. Justo cuando sonaba *Blues de la amenaza nocturna*, el tema dos de El león, se escuchó un tiroteo. ¡Ay, son petardos!, diría una vieja. Que petardos ni que ocho cuartos. Los tiros son inconfundibles. Las noches están cada vez más ásperas. Hay lugares en los que entro y se me frunce el upite porque no sé si salgo entero. Tipos a los que no les importa nada. Nada.

Cayeron todos juntos. La patota sentimental, les digo, en honor al tango de Joves y Romero. Se sentaron y le entraron al salamín y a las aceitunas. Escofina son. Siempre están muertos de hambre, y con sed. Faltaba Danonino, lo habían tenido que dejar encerrado, según Garófalo, si llegaba a ir a dónde teníamos que ir, seguro que bajaba dos o tres muñecos, y no daba para bardearla de entrada. Los tenía que llevar a la presentación de un libro de poesía, dónde después iba haber un micrófono abierto: Garófalo tenía un puñado de poemas para leer. Cagamos, pensé. A Garófalo le encanta molestar, escribe básicamente para eso, para provocar al otro, para escarbar con la uña colectivera.

Germondari me pidió una tijera para cortar unos cogollos de las plantas que tengo en el patio. Quería relajar un toque, conectarse con el centro neurálgico de la noche, con la energía que emana-

ba el éter. Quemamos trapo y quedamos peinados para atrás.

Guernica me puso en autos. Un ciclo poético organizado por putos. El que fueran putos era una de las cosas más valora- bles de su lírica. Putos con el culo picante, me aclaró. Había que tener cuidado.

Viajamos muzzarela, escuchando unos tanguitos de Luis Cardei, que puso Tarrarira. Me gusta Cardei, el último gran cantor. Encima acompañado por el fueye de Julio Pane. Un lujo. Paramos en una casona de Villa Urquiza y entramos. Había un olor a escarola que no se podía respirar.

Una casa tipo chorizo, reciclada, colores intensos y mucho adorno hindú. Siempre es así con los putos. Tienen buen gusto. O como dice Rody Merendino, "Buen gusto tenemos todos, ¿a quién no le gusta la buena pitanza?, lo que pasa es que no todos tienen la guitarra para tocar un vals".

Nos sentamos a una mesa redonda, y cada uno acomodó su silla mirando para el escenario, un palet iluminado de rojo con un velador de pie y un silloncito Luis XV, tapizado de animal print. Guernica me dijo que el movimiento poético vernáculo actual contaba con dos vertientes. Una: el hipismo. La otra: la putez, que comprendía a su vez un submovimiento de travas y tortas. Tararira, solícito, nos llevó un gancia a cada uno. Dijo que la birra estaba caliente como el puto que atendía la barra. Guernica tomó un trago, se limpió los bigotes con la manga de la camisa y siguió con la hipótesis. Puto, lo que se dice putos, hay en todos lados, pero putos dedicados al arte es lo que más abunda. Sobran porque se muestran demasiado, porque les encantaba el exhibicionismo. Otra cosa para destacar es que los poetas putos, tratan de meter la palabra “pija” la mayor cantidad de

veces. Cuantas más veces aparece, mas alta se vuelve su poesía. Por su parte, muchos poetas heterosexuales no hacen otra cosa que nombrar conchas usando metáforas generalmente desafortunadas como: vértice de musgo, el noble repulgue, almeja, mejillón, caracú.

En cambio las poetisas héteros no están todo el tiempo refiriéndose a las pijas, sí las tortas, cumpliendo con la envidia del pene, aunque las tortas, más que nada, hablan de drogas, de alcohol, de fiestas y de comida.

Una loca de vestido y boa, papel en mano, leyó: *dejad que los niños vergas a mí, que vergas los niños, de todas partes los de la luna y los de anarte, que se vergas los niños cantores cesariselas las banderas en altos mástiles ensartados en mi culo patotrierótico. Que vergas la patria glande toda, de norte a sur, el culo del mundo roto.*

Después lo siguió otro vestido y otra boa.



Caracholo me dijo que viera cómo se hacía el sensual. El putito empezó a hablar de Borges, que era una pluma vasta de la literatura, el tótem poético más viril, mucho más que Viev Temperley o que Federico García Calor. Viril porque no le interesaban las mujeres. Porque estaba condenado a una vida impotente. Eso lo hacía deseado por las mujeres, pero mucho más por los hombres. Porque su virilidad era una virilidad maricona, bien puta. La exaltación honorífica de los compadritos demostraba que Borges también estaba interesado en el sexo masculino.

Caracholo le medía el aceite desde la mesa, esperando el momento justo para salirle al cruce y embocarlo. “Que hablás de Borges si Borges no cogía. Era un pito muerto que le chupaba la pija a Bioy. De Bioy hablá, manfloro, que si vos te llegás a cruzar a un tipo como Bioy, pelás el culo como una naranja”.

Caracholo se fue de pista, pensé. Pero

lo vi sonreír, lo tenía todo decidido de antemano.

El putito no se quedó atrás y le contestó: “Yo describo mis sensaciones. Después está el esfuerzo del lector para decodificar mi literatura. Esa es la esencia de mi existencia como poeta”.

Garófalo, camorrero como siempre, no se pudo contener y escupió la ponzoña como una cobra. “Vos existís como consumidor, lo de poeta está por verse, gil de lechería, a vos te falta garpar un alquiler, mantenido.”

Tararira, en un rincón, le daba del pico a una botella de vodka. Me vio mirarlo y se me vino al lado para convidarme un trago. “Tomá Falcon –me dijo– administrá tu locura, que a estos paspados les vamos a dejar el culito a punto como una aceituna descarozada Mamone.”

Y así fue. Se fueron encontrando las miradas como una carambola, y se armó la rosca.

Aparecían putos de abajo de las baldosas. Les dábamos y se volvían a parar, como involcables con arena en la base.

En una nos pusimos espalda con espalda con Tararira, y se abalanzó contra dos que lo esperaban. Sergio Víctor Palma, Oscar de la Hoya, El Huracán Narvaes. Así pelea. Chiquito pero rendidor. Va al frente cómo loco, y sacude puñaladas de manco. Tiene muy buena movilidad de piernas. Los dos cosos no lo pudieron encontrar, y les llenó la cara de dedos. Me distraje tanto mirándolo que me comí dos castañazos que me sentaron de ojete. Menos mal que me salvó Germondari, que le partió una silla en el lomo al puto que me había surtido. Después me paré y me saqué el gusto con dos travas. Dicen que los travas pelean bien. Estos dos cachivaches eran la excepción de la regla, porque los bajé con un recto de derecha a cada uno. Ni falta hizo que los rematara. Queda-

ron sentaditos sobre su nalgas rellenas de grasa de avión.

Después, sí, se me vinieron otros dos putos con cartera. Le esquivé una, se la agarré al vuelo, y se la di en la cara. Cayó redondo con la nariz explotada. Llevaba un ladrillo en la cartera el muy hijo de puta. Al otro no llegué a esquivarlo y me durmió de un carterazo. Me desperté atado con precintos plásticos al lado de los muchachos, en un sótano. Guernica pegado a la derecha y Tararira a la izquierda, más allá Garófalo y Germondari. Faltaba Caracholo, que según me dijo Tararira, había alcanzado a escapar cuando empezamos a cobrar en grande. Hacía rato que no nos comíamos una paliza como esa. Estábamos todos rotos. Los nudillos destrozados de tanto pegar. Tararira, dos dientes menos, Guernondari, un corte en la ceja y el ojo hinchado, Garófalo, la muñeca recalcada, la nariz rota, y dos o tres costillas quebradas. Y

yo, con un dolor de nuca tremendo y la canilla derecha inflamada.

Había cuatro trolos sentados enfrente, con sus respectivas nueve milímetros en las sobaqueras. Canas y putos, una combinación perfecta. Los putos pueden ser muy sádicos y violentos, pero nunca dejan de tener su costado humano, que capaz les viene de esa parte femenina trunca. Primero nos dieron los primeros auxilios, y después nos trajeron chupi y morfi. Nos dieron de comer en la boca.

La comida estaba bien, una sándiches de pollo y tomate. El vino estaba mejor. Una botella cada uno, con pajita. Nos bajamos dos botellas cada uno, esperando que ellos decidieran qué hacer con nosotros.

El vino tinto natural siempre predispone para la confesión. Tararira me dijo que Caracholo le había contado que había noches que tenía ganas de hacerse mierda. Muchas ganas, subrayó. Con

cuchillos. Clavarse, hacerse tajos, amputarse. Nunca había pasado de los cortes con una Victorinox. Una noche, en un bar, apareció un Chuk Norris y lo recagó a patadas. Nunca había sentido tanto placer. El gusto de la sangre, el dolor físico. Desde esa noche se volvió lo que era, un puto sádico hijo de mil putas, al que le encantaba levantarse pendejitos para romperles el culo y cagarlos a palo. Si alguno se le plantaba y lo desfiguraba a trompadas, mejor. Era lo que buscaba.

Parece que soy bueno para escuchar. La gente siempre me confiesa cosas, más allá de la confianza que pueda llegar a tener. Es natural. Todo el mundo se abre en el asiento de atrás. Y los muchachos me cuentan sus mambos. Y yo los escucho. Tengo buena oreja. A la gente hay que dejarla hablar. Escuchar lo que tiene para decir. Hay gente que habla hasta por los codos. Entre comillas, entre paréntesis o corchetes. Gente que a todo lo

que va a decir le antepone dos puntos. Gente que después de hablar, diga lo que diga, termina con puntos suspensivos. Yo soy más bien de escuchar lo que se dice, de masticar bien lo que oigo, y contestar si antes se me pregunta. Más que nada lo hago para no meter la pata, en los corrinchos en los que me muevo, más me vale ser precavido, que si no, capaz que me como un castaño de regalo.

Tararira, por su parte, me contó que había soñado que garchaba con su hermana, y que increíblemente, le entraba toda, y no sólo eso, creyó sentir que además, le bailaba adentro. Ese sueño lo había perturbado. No podía dejar de pensar en su hermana, con la pija adentro, maullando como una gata en celo.

Empezamos a sentir ruidos arriba, gritos de horror, y el estruendo de vidrios rotos. Dos de los putos que nos vigilaban subieron a ver qué pasaba y a los dos minutos bajaron la escalera encendidos,

y chillando como ratas. Los otros dos quisieron apagarlos, pero también se prendieron fuego. Uno se nos vino encima, pero entre Garófalo y Germondari lo patearon. Bajó Caracholo a desatarnos. Subimos. En mi vida vi mucho vidrio roto, astillado, molido, culos de botella, sangre, fracturas expuestas, agujeros de bala, sesos desparramados, pero nunca vi una cosa como esa. Tantos cuerpos ardiendo. Habían aparecido Caracholo y Danonino cada uno con un bidón de kerosén en la mano y un pucho humeando en la boca. No les hizo falta mucho más.

Mientras subíamos al Sprint, se me acercó Danonino, con las expresiones desencajadas. Y me dijo, “ya está Falcón, ahora nos tomamos un uvasal, y listo, a otra cosa mariposa”. Esas fueron las últimas palabras que le escuché decir. A las dos semanas, apareció en un contenedor con el culo abierto como una lata de arvejas. Los putos son muy vengati-

JUAN MARCOS ALMADA

vos, por eso nunca conviene meterse con ellos. A la larga o a la corta se la terminan cobrando.

ACERCA DE MÍ

Soy Marcos Almada, nací en Azul en 1976. Mi primer programa de radio se llamó *Amurados*, el actual se llama *Acá no es* y sale por FM La Tribu, los lunes a las 20 hs. Otros: *Loco malo*, *Nictálopes*, *Simulcoop*, *Lo mal que estamos*, series de ficción radiofónica. Hacer radio también es escribir. Libros que me contienen: *Cuentos Rioplateados* (Fundación El libro), *Deforme* (Milena Caserola), *12 rounds* (Lea-Dir. Gral. Libro-CABA), *Cuentos raros* (Outsider), *Libro Vivo* (El asunto/Milena Caserola/La Cría). Julieta, Juana e Ismael son lo que más amo. Yo también soy un hom-

bre bueno y tampoco puedo evitar que  
vengan hacia mí los sándwiches de miga.

ARTE DE TAPA

## Ariel Cusnir

"Un alto en el Camino" (serie Río abajo).  
Acuarela s/ papel. 70 x 100 cm. 2007.

**N**ací en Villa Lugano, Buenos Aires en 1981. Cursé el Profesorado de Escultura en la ENBA "Prilidiano Pueyrredón". Asistí a talleres y clínicas de Pablo Siquier, Ernesto Ballesteros y Leopoldo Estol.

Muestras individuales: *Lluvia, mientes* (La Casona de los Olivera, 2005), *Casi* (Galería Appetite, 2006); *Río abajo* (C.C. Recoleta, 2007); *Vidas ajenas* (Galería Fernando Pradilla, Madrid, 2008); *Los indios* (Zavaleta Lab, 2011) y *Un restaurante*

(Galería Oscar Cruz, San Pablo, 2013).

Muestras colectivas (selección): *Future World: Unknown* (Cienfuegos Gallery, Miami);

*Acrónica* (Museo de Arte del Tigre, curaduría de de Rafael Cipolini); *Escalera a Dulcinea* (con Vicente Grondona y Octavio Garabello, en el Museo López Claro, Azul, Buenos Aires); *¿Porque son tan barbudos?* (Templo Dr. Jaim Weitzman, Villa Lugano); *Lenguajes en papel* (Galería Fernando Pradilla, Madrid); *Epistemología fan* (con Nicanor Aráoz y Virginia Negri, curaduría de de Claudio Iglesias y Cecilia Pavón, en Mite, Buenos Aires); *Bosque* (con Max Gómez Canle, Matías Duville y Máximo Pedraza, curaduría de Eva Grinstein en el Centro Cultural de España en Buenos Aires); *Talent Preview* (White Box, Nueva York); *Jai-Lou-Lait* (con Roberto Noboa y Alejandro Campins y curaduría de Guadalupe Alvarez, DPM Gallery, Guayaquil, Ecuador);

*Destroyers* (Centro Cultural Borges, con curaduría de Daniela Luna); *El final del laberinto* (Galería Empatía, curaduría de Diego Perrota); *Paper Submission* (Galería Appetite).

Obtuve el subsidio del Fondo de Cultura BA en 2004 y 2006.

Beca a la creación del Fondo Nacional de las Artes en 2008.

Participé de las residencias de Oncelibre en 2011 (Plaza Once), Mundo Dios en 2012 (Mar del Plata) y Perfecta Galería en 2013 (Bahía Blanca).

## ÍNDICE

1.....	3
2.....	18
3.....	25
4.....	48
5.....	74
Acerca de mí .....	90
Arte de tapa.....	92



Que los árboles muertos  
en este papel  
vuelvan a crecer árboles  
cuando hombres y mujeres  
hayan saciado su sed  
de conocimiento.

Se terminó de imprimir en  
Imprenta Dorrego  
Av. Dorrego 1102 - CABA  
en marzo de 2013.